

El origen de estas ruinas ciclópeas, hasta la fecha desconocidas e inéditas, se remonta, según nuestros cálculos, a los tiempos primitivos de la Historia. En estos castillos rudimentarios, que para que fuesen de más fácil defensa se levantaban sobre rocas escarpadas y poco menos que inaccesibles—el foso era innecesario—, se albergaban los rudos caudillos de las tribus dominadoras, y a su amparo surgían núcleos de población, que con el tiempo se desarrollaban, llegando a ser algunas ciudades importantes. Tal debió de suceder en el lugar que nos ocupa, pues nótanse en el llano las huellas o cimientos de unas doscientas construcciones desaparecidas. Albergues que pudieron hacer exclamar al juglar que las contemplase desde el castillo:

«*Al fondo están las casas, pequeñas como nidos...*»

Mis acompañantes, que saben de mi amor a los tiempos préríticos, a la evocación y al recuerdo, callan y se sientan a descansar al pie de unos enebros.

La naturaleza y el silencio producen en mi espíritu pensamientos extraños. ¿Qué leyenda encerrarán, acaso, esos toscos muros milenarios, como rudas páginas de piedra?

Abstraído en estas meditaciones, creo que se alzan las ingentes hileras de peñascos informes, hasta constituir una torre de aparejo rudo y poligonal, rodeada de murallones espesos, tal como debió existir en la edad en que fueron construídas estas ruinas, que hoy se miran aparatosamente sobre el abismo.

De pronto me sorprende una voz humana, que, a dos pasos de mí, exclama. con acento reposado y tranquilo:

—¡Buenas tardes, señores! Veo que están contemplando el castillo que fue de los moros; pero quizá no sepan lo que allí pasó en otro tiempo...

Miré al aldeano. Es un viejo fornido, cuyo rostro, rugoso y jovial, parece escapado de una escultura de Julio Antonio. Es el *Tío Sabier*, el dulero de Peralejos.

La curiosidad me incita, y escucho con interés una leyenda trágica y conmovedora en que, como siempre, interviene el amor.

Yo no sé contarla con la sencillez y naturalidad del aldeano; no sabría tampoco expresar el convencimiento de sus palabras. Me limitaré, pues, a referir los hechos.

Después de pasar por manos de los romanos, la fortaleza ciclópea fue conquistada por un caudillo árabe, que, encerrado en aquella fría morada de granito, protegió toda la campiña y el pueblo de Saceda del poder de los cristianos.

Llamábase este príncipe Abendarráez-Alí, y con él vivía una hermana, que, al decir del dulero, era más bella que las huries del jardín del Profeta.

Un caballero cristiano, perteneciente a familia linajuda de Molina, en una de las frecuentes correrías que al frente de sus